

EL PRINCIPIO DE PASCAL

El vecino de a lado

PRINCIPIO DE PASCAL

La discusión creció hasta un punto en el que sus voces traspasaron las paredes del departamento. Eugenia y Fausto se desvivían en reproches mutuos y en justificar sus obsesiones. Para ella era absurdo el esclarecimiento que él hacía de cada uno de los hechos que ocurrían a su alrededor. Para él, la mascota de ella se había vuelto un ente perturbador que en ocasiones lo orillaba a conductas psicóticas.

—La fascinación que le profesas a ese animal no es más que el síntoma de una patología derivada por la inútil inversión de tu tiempo —sus palabras, moduladas entre la sentencia y la recomendación, se dirigían oscilatoriamente hacia su esposa y la pecera ubicada en la mesa de centro de la sala—. Al menos —agitó el legajo de papeles con fórmulas y teorías borroneadas que sostenía en la mano—, la aplicación de razonamientos deductivos en experiencias físicas comprueban los métodos científicos que posibilitan la formulación de nuevas teorías para entender la naturaleza del mundo y su veracidad.

A Eugenia se le descompuso el rostro de rabia al escucharlo. Si bien antes de casarse la actitud explicativa de Fausto le había pareció un rasgo distintivo —pues él no era precisamente guapo—, de unos meses a la fecha, aquel encanto se convirtió en una total aversión.

Se conocieron tras un percance automovilístico. Eugenia conducía su Pointer a unos treinta kilómetros por hora mientras buscaba el número 64 en la calle Las Casas, donde debía recoger algunos documentos. Aunque pisó a fondo el pedal de los frenos, éstos no respondieron e impactó levemente a otro auto detenido, con las intermitentes encendidas, a la altura de una Farmacia del Ahorro. Fausto escuchó el golpe y salió tan rápido como pudo del

establecimiento, adonde había entrado por comprimidos para aliviar el dolor de cabeza. Enfureció tras observar el daño en su Civic y, por supuesto, sintió que el cráneo se le abría por la mitad en ese momento.

—¿Acaso estás ciega? —le gritó.

—¡Frené, juro que frené! —sostuvo Eugenia, presa de un ataque de nervios que culminó en un llanto desesperado.

Más tarde sus respectivos ajustadores de seguros concluyeron que, efectivamente, al Pointer le habían fallado los frenos. Además de obtener citas con sus correspondientes agencias automotrices para arreglar sus defensas, los hasta entonces desconocidos intercambiaron números telefónicos, por si era necesario comunicarse para aclarar alguna otra cosa con respecto a los seguros.

Sólo unos días después del incidente, Fausto entró en una crisis provocada por un moscardón. Si bien el zumbido era molesto y le impedía trabajar, su preocupación se orientaba en torno a la existencia del insecto, sobre todo porque no acostumbraba abrir las ventanas y mucho menos guardar basura en casa. No dudó en hacer conjeturas acerca de la biogénesis del animal. Tras limpiar a conciencia la cocina, se dio a la tarea de deshacerse del bicho. Su alergia a los insecticidas lo obligó a cazarlo durante una hora utilizando primero una revista, luego un cojín, más tarde un libro y, finalmente, un muñeco de sololoy que compró en Guadalajara, cuando asistió a un congreso de Física. El moscardón terminó hecho una masa viscosa sobre el fólder de la aseguradora donde tenía anotado el número telefónico de Eugenia. Cansado por la cacería y abatido por la frustración de no avanzar en sus nuevas investigaciones, decidió llamar a Eugenia para invitarla a tomar un café y distraerse un poco. A ella no le emocionó mucho la idea, pero ese día no tenía nada mejor que hacer puesto que su auto aún se encontraba en reparación.

Se reunieron en un establecimiento frente al Ex convento de Santo Domingo.

—Discúlpame por haberte gritado. Sufro de una terrible migraña que me vuelve irritable —confesó él mientras vertía cuatro sobrecitos de azúcar en su café descafeinado.

—Fue mi culpa —trató de que la sorpresa de ver poner a Fausto tanta azúcar a su café no fuera muy obvia—. El accidente.

—La culpa es de Pascal —corrigió—. Es decir, de una falla del Principio de Pascal —explicó tras un sorbo—. Al quedarse sin líquido los frenos, la fuerza de tu pie aplicada sobre el pedal no ejerció la presión en el cilindro para transmitir a los pistones la potencia equilibrada que detiene la aceleración del automóvil. Es un principio hidráulico basado en la multiplicación de la fuerza —continuó, moviendo las manos de un lado a otro—, las prensas, los elevadores e incluso los sillones de las peluquerías funcionan de este modo. La fórmula es simple —cogió una servilleta y sacó un bolígrafo para anotar—: $P_1 = F/a$ entonces $P_2 = f/A$.

Saber aquello a Eugenia le pareció fascinante, a pesar de que su trabajo de contadora también requería de ciertos cálculos matemáticos, más simples, pero cálculos al fin.

Fausto le contó que por las mañanas impartía clases de Física en la Universidad Autónoma de Oaxaca. La tarde la dedicaba a exhaustivas pesquisas que oscilaban en torno a la simplificación de algunas leyes establecidas para explicar el Todo, la Teoría del Todo. Si bien Albert Einstein sentó algunas bases, dejó la tarea inconclusa, recitaba en sus conferencias. Por lo tanto, su línea de partida eran las unificaciones de Electromagnética y Gravedad, combinadas libremente con la Teoría de la Relatividad General einsteiniana, la Teoría Cuántica de Planck, la de las Cuerdas de Scherk y Schwarz, la Teoría M de Edward Witten. Sin embargo, al igual que todos los

físicos del siglo pasado, él también se enfrentaba a la falta de resultados experimentales estables, de ahí su migraña crónica y las miradas incrédulas de sus alumnos y colegas.

A Eugenia no le costó trabajo simpatizar con quien más tarde sería su marido. Ella misma tenía sus propias obsesiones. Coleccionaba escarabajos. Durante años había comprado por internet especies de todo el mundo. Los mantenía en pequeñas cajas de madera selladas con cristales y se pasaba horas mirándolos. Incluso escribía poemas haciendo metáforas alusivas a los coleópteros, a su vuelo, color, alimentación, apareamiento, supervivencia, historia, ecosistema al que pertenecían. Según ella, el mundo de los seres humanos tenía correspondencias con el de estos insectos, sobre todo en la tendencia de ambos a acumular mierda.

—Los zapotecos los llaman *Bidolagui'*, que quiere decir bolita de caca — le explicó alguna vez a Fausto.

Para ella eran tan evidentes las similitudes que hasta usaba los nombres científicos de algunos bichos para referirse a la gente. A uno de sus clientes, un tipo pelirrojo y escuálido que siempre vestía trajes negros, lo bautizó *Heliotaurus Ruficollis*, una especie de escarabajo de cuerpo pequeño y negro con cabeza roja. Al tendero de la esquina lo llamaba *Scarites Cyclops*, por sus enormes bigotes parecidos a los palpos de las mandíbulas de esta especie. De su vecina, cuando usaba vestidos moteados, decía que parecía una *Coccinella Septempunctata*, una especie de la familia de las catarinas cuya característica es tener manchas circulares en el caparazón.

Unos meses más tarde, Eugenia y Fausto se casaron por el civil en una ceremonia íntima a la que asistieron no más de veinte personas. Compraron un departamento en la colonia Reforma. Su matrimonio transcurrió sin grandes acontecimientos durante poco más de un año. A Fausto le era indiferente que su nuevo hogar se fuera plagando de cajitas con insectos

disecados siempre y cuando la invasión no incluyera el pequeño estudio que había montado en la recámara libre. Desde pequeño lo había asaltado la impresión de que las imágenes lo espiaban. Nunca colgaba cuadros en su casa y guardaba en una pequeña bodega, bajo llave, todas las fotografías o retratos de familia. Aborrecía las representaciones gráficas porque decía que estaban cargadas de una cualidad ajena a la realidad y sentía desconfianza hasta de ver su propio rostro atrapado por el azar del tiempo. A Eugenia le venía bien tener la paredes desocupadas, así tenía más espacio libre para su colección de insectos.

La inquietud de Fausto comenzó a manifestarse el día que Eugenia le mostró un escarabajo *Goliathus*. Era de una especie exótica. Su color plateado con manchas negras en forma de azucenas, la enorme mandíbula y un tamaño superior a los diez centímetros, le infundían al animal un aire de respeto, incluso de nobleza. Lo sorprendente era que no se trataba de un animal disecado, sino de uno vivo, que comía con mucho apetito cualquier fruta que le pusieran enfrente. Afortunadamente, su peso y el atrofio común en las alas de la gran mayoría de estos insectos le impedían volar. Eugenia lo compró ilegalmente mediante uno de sus contactos en internet. El animal provenía del Congo y sólo había unos cuantos fuera de África. La verdad es que ella misma sabía poco acerca de esa especie. Sin embargo, no tardó en encontrar datos reveladores. En un libro que también consiguió por vía electrónica, leyó que se trataba de un insecto muy importante para la tribu bakongo, un animal objeto de veneración y culto. Decía el texto que el poseedor de un ejemplar sería favorecido por el dios Nzambi. Pero, al mismo tiempo, debía de estar al tanto del bienestar del bicho pues, ese mismo dios, le haría sentir su furia al culpable de la inquietud o, peor aún, de la muerte del escarabajo. Así que Eugenia ponía especial cuidado en la limpieza, alimentación y temperatura en la que vivía el *Goliathus*.

Cierta noche, a finales del verano, cayó una tormenta en la ciudad. La energía eléctrica se vio suspendida debido a que varios transformadores fueron derribados por el viento. Eugenia propuso salir a mojarse a un parque cercano. Fausto declinó.

—Puede ser peligroso —argumentó arqueando las cejas.

—¿Temes que te caiga un rayo?

—Los rayos no caen así porque sí. Las nubes tienen una carga negativa y su sombra en tierra una carga positiva. Cuando la sombra es más grande, es posible que se supere el voltaje de ruptura del aire, es decir que los electrones tengan la suficiente energía para atravesar el espacio que los separa del cielo, y nuestra presencia en el parque sólo contribuiría a provocar esta energía, a ionizarla, ¿me entiendes? —su mano acariciaba la cabeza de ella.

—Entonces..., ¿no salimos?

—No, pero te propongo que nos sentemos junto a la ventana para ver la tormenta, si quieres trae a tu escarabajo.

Esa noche ella sacó al animal de la pecera que le había comprado, aun cuando notaba que en presencia de Fausto el bicho se comportaba como la aguja de una brújula desorientada. Cogieron unas sillas y observaron. Al poco tiempo, un relámpago cruzó el cielo, iluminando sus rostros, después vino el trueno que lo acompañaba. Ambos se sobresaltaron al escucharlo.

—Ese parece que cayó cerca —dijo Eugenia.

—Relativamente cerca —corrigió él—. ¿Te percataste cuántos segundos pasaron entre que vimos el rayo y luego lo escuchamos?

—No sé, ¿seis segundos?

—Pues más o menos. La luz viaja a trescientos millones de metros por segundo y el sonido a trescientos cuarenta metros por segundo, por eso primero se ve y luego se escucha. Ahora, tomando en cuenta ese dato, si multiplicamos los seis segundos por la velocidad del sonido, sabremos que en

realidad el rayo cayó a unos —hizo una breve pausa—, a unos dos mil cuarenta metros de aquí —concluyó.

Eugenia dividía su mirada entre Fausto, el cielo relampagueando y el escarabajo en la palma de su mano. Luego reclinó su cabeza en el hombro de su marido y lo escuchó hablar, sin saber cómo pasaba de un concepto a otro, sobre la tensión superficial de las gotas, la densidad relativa de éstas en comparación con otras sustancias, el Principio de Arquímedes, la flotación, la fuerza de gravedad, la presión atmosférica, el magnetismo y otras cosas de la Física a las que ya no puso atención porque se quedó dormida.

Como Fausto no avanzaba en su Teoría del Todo, tuvo que abandonar las clases para entregarse de lleno a la investigación. Su aislamiento se hizo tan intenso como su migraña. Encerrado en su estudio, en vez de analizar y calcular matemáticamente sus hipótesis, pensaba en posibles maneras de acabar con el escarabajo sin que su esposa lo responsabilizara. El desasosiego del bicho era correspondido, sobre todo cuando Eugenia sacaba al animal de su pecera, donde permanecía la mayor parte del tiempo, devorando mangos o peras o manzanas o melones o papayas, llenándose los palpos de miel y moviéndolos sin control. En ocasiones, Fausto creía percibir el trabajo de sus grandes mandíbulas, como un efecto Doppler en oscilación constante dentro de su cabeza. Pensaba que la fuente, el *Goliathus*, registraba cambios de frecuencias ondulatorias y se dedicaba a analizarlos para conocer su alcance. Como hombre de ciencia, tenía dudas de que eso fuese posible, a pesar de que vivían en un condominio donde se escuchaban motores de aparatos domésticos, ladridos, voces, ronquidos, gritos, gemidos y hasta flatulencias.

Leyó numerosos estudios sobre la actividad molecular, asociándolos con sus pesquisas. Por alguna razón que escapaba a su entendimiento, temía que el escarabajo pudiera alcanzar niveles de vibración atómica superiores y provocar la misma acción en otros cuerpos, lo que lo haría capaz de traspasar

primero su caja de cristal, luego las paredes de la casa, y más tarde, inocularse en él.

—Tengo que hallar una solución —se repetía una u otra vez tan pronto se desembarazaba del triste destino kafkiano que patológicamente imaginaba para sí.

Pero no podía hacer otra cosa que permanecer oculto, pidiendo a Eugenia que le llevara la comida a su estudio, argumentando que estaba cerca de llegar a resultados válidos en su Teoría del Todo. Esto a ella no la inmutaba, se entretenía investigando más sobre el bicho al que había bautizado con el nombre de Nkoi.

Hurgando en los estantes de la Biblioteca Francisco de Burgoa, Eugenia encontró un libro donde se incluía un ensayo sobre el escarabajo *Goliathus*. Según el texto, era posible que el miedo exacerbado por la fe en el dios Nzambi hubiera provocado incontrolables estados de maniaco depresión en personas que habían matado, accidental o intencionalmente, a este tipo de insectos. Leyó el caso de un hombre de la tribu bakongo que se ahorcó con un bejuco tras saber que había pisado sin querer a uno de estos escarabajos sagrados. El ensayista aseguraba que la literatura bakongo también incluía leyendas que hablaban de hombres y mujeres que, tras matar a alguno de estos escarabajos, se convertían en uno de ellos. Sin embargo no había pruebas al respecto y las historias permanecía como parte de la memoria oral del grupo étnico. Fuera o no cierto, desde entonces Eugenia renunció a su trabajo y no hizo otra cosa que cuidar a Nkoi.

Los gritos en el departamento atrajeron la atención de algunos vecinos que poco a poco fueron saliendo a los pasillos del edificio.

—Estoy harta de tus investigaciones sin sentido. Toda esa mierda científica lo único que prueba es tu estupidez — sostuvo ella, enfurecida.

—Pues yo estoy harto del maldito parásito que tienes como mascota y del culto que le profesas. No dudo que hasta te comuniques con él.

—Cállate, estúpido, al menos me preocupo por algo vivo. Si quieres investigar algo con sentido deberías usar esta fórmula: dale un número al tiempo que has perdido investigando, multiplícalo por la masa de tu cuerpo, luego por la fuerza de tus frustraciones, el resultado será la constatación de mediocridad que tendrá tu vida.

Encolerizado, Fausto cogió la pecera colocada sobre la mesa de centro de la sala y salió corriendo del departamento. Mientras él bajaba los tres pisos ante la mirada azorada de los vecinos, ella gritaba: —¡Devuélvemelo, devuélvemelo, maldito científico desquiciado!

Cuando Eugenia alcanzó la puerta del edificio, su marido ya subía a su coche rugiendo que mataría al animal. Arrancó dejándola de rodillas sobre el pavimento.

—Nkoi, Nkoi —berreaba ella, sin fuerza suficiente para seguirlo.

Fausto condujo su Civic hasta tomar la carretera que va a la Ciudad de México. Luego de un par de horas se detuvo en un imponente mirador de la Mixteca. Bajó de su auto. Desde ahí podía ver el gran valle rojizo apenas poblado por algunos cactus y mesquites. Sostenía entre sus manos la pecera con el escarabajo. La levantó y, dirigiéndose al bicho, dijo:

—Seguramente este no es el mejor lugar para que vivas, desgraciado, aquí no podrás hallar tu frutita, y lo mejor de todo, yo no te escucharé comértela, ni sentir tu vibración —agitó el contenedor de cristal.

Luego retiró la tapa, metió la mano y cogió con cuidado al insecto, que movía desesperado sus seis patas en el aire. Se colocó justo en la orilla del mirador, miró hacia abajo y calculó la distancia que habría desde ahí hasta el fondo.

—Sesenta metros —dijo observando con asco al animal—, pesas cien gramos, grandísimo tragón, pero eso no importa, si te dejo caer la aceleración será constante porque la velocidad en caída libre aumenta en promedio diez metros por segundo al cuadrado, así que tardarás en tocar fondo unos tres segundos y medio.

Fausto estiró la mano en el aire y dejó caer el escarabajo. Lo observó descender por el peñasco hasta perderlo de vista. Sintiendo que se quitaba un peso de encima, respiró hondo y serenamente sentenció:

—He aquí la respuesta del todo, la desaparición de la realidad material para dar paso al libre tránsito del espíritu en el espacio.

Con la certidumbre anidada en su mente, subió al auto, lo puso en marcha y tomó la carretera de regreso a Oaxaca. Un kilómetro adelante, observó un trailer detenido a doscientos metros, con las intermitentes encendidas. Un impulso, que escapó de su control y entendimiento, lo hizo acelerar al máximo, con las manos aferradas al volante y la vista clavada en el acoplado del camión. Mientras avanzaba calculó el tiempo y la fuerza del impacto. Lo hizo tomando como punto de partida la distancia, que su auto pesaba mil ochocientos kilos, él setenta y dos, y que se desplazaba a ciento noventa kilómetros por hora. Ni por un instante pensó en frenar, no quiso darle a Pascal la oportunidad de reivindicarse.

De Eugenia, nadie supo jamás nada. Fue como si de pronto la tierra se la hubiera tragado.

ALGO SE HA ROTO EN EL MUNDO

VI

Se mira las manos sucias de sangre. Sangre encostrada con olor exiguo. Siente una enorme perturbación. De quién es, lo supo antes, pero ya no lo recuerda, o no quiere recordarlo. Abre el grifo. La mancha desaparece lentamente con la ayuda del minúsculo hilo de agua. Busca luego respuesta en el espejo. Lo único que halla es su rostro descompuesto, devuelto por el pedazo de vidrio y azogue colgado de un tornillo oxidado sobre baldosas verdes. La sensación de haber estado en un trance del cual recién regresa sin revelación alguna lo obliga a hacer un índice minucioso de la austeridad del mobiliario: cama matrimonial cubierta con un viejo edredón rojo, alfombra verde y desgastada, pequeño televisor sin botones protegido por barras de metal empotradas en la pared y asegurado con un candado, llave marcada con el número 202 sobre la mesa, reproducción barata de Los girasoles de Van Gogh. Lo de costumbre. Acerca la oreja a la puerta para escuchar del otro lado. Descubre que, salvo lejanos quejidos de una mujer, provocados por un placer fingido, y el distante ruido blanco de algún televisor, todo es silencio en el pasillo oscuro que observa una vez que descorre el seguro y abre, sólo por cerciorarse.

Desde entonces instala su cuerpo trémulo junto a la ventana, a través de la cual ha estado mirando las tres últimas horas. Transpira incontenible, con una mezcla de confusión y enajenamiento entre los dientes —se nota cada vez que aprieta la quijada. Sabe que debe estar ahí, observando esa calle en penumbras, pero no reconoce a ciencia cierta por qué. Comienza a distinguir algunas sombras sigilosas detrás de los carros estacionados en la acera de enfrente, a escuchar pasos y murmullos. Tararea: *Here comes the sun, little darling, here comes the sun.*

V

Conoce la calle por la que anda. No lejos observa la luz rutilante del letrero que ilumina buena parte de los tres pisos del descuidado edificio colonial, imprimiendo rumores rojos en los cristales de los balcones desvencijados. Sus pasos, más acelerados que de costumbre, lo conducen al lugar de siempre. Antes de entrar mira hacia ambos lados sin notar nada distinto. Esta vez escudriña con vehemencia el rostro del viejo administrador que, cada vez que Ulises aparece por ahí, se levanta en silencio de su silla para entregarle la llave del cuarto y recibir los doscientos cincuenta pesos.

La agitación en su cuerpo es el ritmo con el que sube las escaleras de los pisos sumidos en la oscuridad. Al llegar al tercero, comienza a recorrer el pasillo con trancos lentos y suaves, para hacer el menor ruido posible. De las habitaciones previas a la suya escucha leves murmullos de televisores. Voces que se confunden con el rechinar de la puerta y con el ahogado zumbido de una balaustrada que hace parpadear medrosa la luz blanca, ocupada más en desnudar la tristeza de los muros que en hacer visibles los números de las habitaciones. Como puede inserta la llave en la número 202. Entra, corriendo inmediatamente el seguro. Por unos minutos, imágenes sin referencia de sonido alguno circulan por su cabeza. Pronto las clausura. El silencio ahí es disuelto apenas por una gotera proveniente del cuarto de baño, a donde se dirige para apretar luego el interruptor. El foco tarda unos segundos en arrojar sus tristes sesenta watts.

IV

Ve que la luz amarilla escapando por la puerta entreabierta marcada con el número 202, proyecta un filo que ilumina sólo una parte de la pared de enfrente del estrecho pasillo: escucha la voz limpia de Nina Simone a pesar de los gritos de una pareja discutiendo en el piso de abajo.

Ulises empuja lentamente la puerta para entrar al pequeño departamento, compuesto tan sólo de dos cuartos y un baño. El primero de ellos tiene las paredes pintadas de amarillo. En medio de éste se halla un comedor de madera sobre el cual descansa una taza vacía y un frasco de café soluble. Hay también guacales con trastos de plástico, comida enlatada y cajas de cereal en la esquina contraria a la que se encuentra la estufa, donde aún se mantiene tibia agua en un posillo. Ahora tiene tiempo de observarlo todo con más detenimiento.

Con sólo apartar la cortina de poliéster azul floreado que divide los cuartos puede observar el televisor, el ropero viejo, una mesa con maquillajes y perfumes baratos. La grabadora sigue emitiendo sin cesar la misma canción. Al pie de la cama permanece tirado el libro de Pablo Neruda que le regaló la segunda vez que se vieron. Lo recoge y lee la dedicatoria: “Rocío, estos poemas describen fielmente lo que siento por ti, no lo olvides y, sobre todo, nunca me engañes, no sé que sería capaz de hacer”. Te espero donde siempre.

Es pavor lo que sigue al sobresalto inicial de la imagen cuando entra al pequeño baño y ve a Rocío, mostrando la desnudez ya conocida, opacada por copiosas manchas de sangre. En su intento por averiguar si sigue con vida, arrastra el cuerpo fuera del baño y lo deposita en la cama. Todo es inútil. *Here comes the sun* se sigue escuchando en ese departamento de la colonia Volcanes cuando Ulises sale del departamento. Vuelve a bajar con apuro las escaleras y

al encontrar la calle emprende una carrera guiado más por el instinto que por la certidumbre del destino.

III

Ulises encuentra refugio para su desesperación en la banca de un parque. Permanece sentado mientras sus manos revuelven sus cabellos y se pasean nerviosas sobre su cara sin reparar en la textura. Ya no trae los lentes y resolvió olvidar el saco entre unos arbustos antes de arrellanarse. Levanta la cabeza para mirar la luna empeñada en ocultarse detrás de un grupo de nubes aventureras. A su vez, la luz de las farolas insiste en no tomarlo en cuenta, entreteniéndose entre el follaje de los árboles. Sin embargo, alargan las sombras de otros que huyen con prisa de la monotonía de las calles para encerrarse en la de sus casas.

No recuerda por qué pero sabe que corrió hasta que sus piernas y sus pensamientos se acalabraron, arrojándolo al parque en donde está sentado con el terrible peso a cuestas. Se pone de pie y decide desandar el camino sólo porque una pequeña esperanza se ha entreverado en su mente. Al encontrarse de vuelta en el edificio se dirige con recelo al departamento de Rocío.

II

Las luces de los automóviles en la calle de Crespo serpentean a sus espaldas. Hacen que su sombra navegue sobre muros, ventanas y portones. Luego se la sombra se deforma hasta un punto vértice donde la danza comienza de nuevo. Su mirada no se posa en ningún sitio, aunque sabe muy bien hacia donde se

dirige. Las calles parecen exorcizadas de los espíritus que las habitan durante el día. No repara en los nombres de las calles, sin embargo sigue caminando a unos treinta metros detrás de ella. Acarreas ira entre las muelas, que más tarde pasa a la garganta, al esófago y la laringe, la traquea y el estómago, donde finalmente se establece para provocarle una terrible molestia gástrica. La puerta del edificio donde la observó entrar está cerrada. La pateo luego de darse cuenta. Mira a su alrededor y encuentra un árbol joven cuyas ramas son aún débiles. Arranca una al primer intento. Con ella intenta abrir la puerta de metal, metiéndola por la parte descubierta de arriba. Lo logra y arroja la rama debajo de un automóvil estacionado. Una vez adentro percibe que el ruido de sus pasos no molestan a nadie. Recuerda que alguna vez le dijo entre risas que vivía en un departamento marcado con el número 202, igual que la habitación del hotel donde se reúnen siempre. Es en el segundo piso donde comienza a buscarlo. Está muy oscuro y va tanteando con las manos las inscripciones en las puertas. En la primera no halla nada y en la de enfrente sólo percibe un 1, al parecer restan dos más y casi tiene la certeza de que la siguiente del lado izquierdo es la indicada. Lo confirma tras escuchar que detrás de ella canta Nina Simone. Él le regaló ese disco compacto. No encuentra el timbre y tras pensarlo una, dos, tres veces, da un par de tímidos golpes sobre la madera. Nada. Luego, resuelto y pertrechado en su cometido, toca con más voluntad. Ni siquiera se le cuestiona de quién se trata cuando la puerta se abre para asomar el rostro estupefacto de ella, quien hasta ese momento inquiere la causa de tan repentina visita. Él no lo dice pero en sus ojos se atisba la respuesta. Después de entrar con un empujón urgente lanza la mano derecha sobre la boca de ella y con ese mismo brazo luego la aprisiona corriéndose a su espalda, inmovilizando sus manos con el izquierdo. Una vez que ha logrado someterla cierra la puerta con un ligero puntapié. La música es lo suficientemente alta para que nadie escuche su forcejeo, la batalla de sus

cuerpos que se tambalean por el departamento hasta llegar a la recámara. En breve ella es despojada de la bata que la cubre. Aunque pierde los lentes la ventaja sigue siendo de él que la arroja sobre la cama luego de abofetearla. Arranca al humilde tocador el libro de Pablo Neruda para estamparlo de inmediato en el rostro de ella. Grita y es callada con tres puñetazos, dos en el rostro y otro en las costillas. Lloro y sangra. Eso no impide que él la arrastre hasta el baño en donde apenas puede moverse porque recibe una serie de patadas. Ahora el dolor y el frío de las baldosas la hacen temblar. Sigue sangrando. El violento control que logra él lo arroja a la alacena para buscar un cuchillo con el que arremete contra ella hasta cansarse. Nina Simone y su respiración agitada son los únicos sonidos que el viento dispersa por el departamento de Rocío. Ella está inmóvil. Ahora guarda el arma en el saco y se dirige a la estufa donde apaga el fuego que hace hervir agua en un posillo. Echa un vistazo breve a su alrededor buscando sus lentes. No los ubica y sale a toda prisa, bajando casi a zancadas las escaleras para alcanzar la salida del edificio. Afuera las calles siguen inundadas de silencio y luces medrosas.

I

Es felicidad lo que recorre el cuerpo de Ulises. Sabe que esta noche, cuando vea a Rocío, tendrá la oportunidad de decirle, sin ningún reparo, que la ama. Le pedirá que lo deje todo y que vivan juntos. Le prometerá leerle poemas de Pablo Neruda antes de dormir. Jamás imaginó enamorarse de ella. Esta noche será la última vez que le pague quinientos pesos por estar con él porque ha decidido que todo el dinero gane será de ella. Le comprará ropa nueva y maquillajes finos, perfumes. Tendrán hijos, por qué no, no son aún jóvenes, con cuidados ella podría dar a luz.

De pronto la ve, a través de la ventanilla del camión que se ha detenido en un alto sobre Valerio Trujano. Sí, es ella. Una corriente de odio se inyecta en su cuerpo. Siente que explota. Rocío camina de la mano de otro hombre. Entran juntos a un hotel. Ulises se baja de inmediato. Espera oculto en la entrada de una vecindad, desde donde puede ver claramente la recepción del hotel. Es un animal hambriento y eclipsado. Sus pensamientos dibujan dos cuerpos desnudos entregándose. Siente su cuerpo desquebrajarse con cada minuto que pasa. Una hora después la pareja aparece nuevamente en la calle. Se despiden y toman caminos separados. Ulises decide seguir a Rocío. No piensa, sólo quiere terminar con todo. Algo se ha roto en el mundo. Y el ruido es tan fuerte que hasta el correr de la sangre en sus venas le duele.

EL SUSTITUTO

Me llamo Antonio Mijares. Estoy solo en el mundo, pero no tengo el valor de suicidarme. Trabajo detrás de un escritorio en una oficina de Gobierno de ocho de la mañana a seis de la tarde. Mis labores consisten en revisar legajos de documentos. Firmas, sellos. Mandar papeles a dependencias y recibir otros tantos. Más firmas, más sellos. Contestar llamadas y enviar correos electrónicos. Consultar archivos más viejos que la escritura. Hacer reportes. Soportar a otros cien imbéciles burócratas que trabajan igual que yo por un sueldo indigno. Es gracias a esto que a uno le da por creer que el trabajo y el dinero que uno recibe han perdido sus facultades esenciales.

Todo esto para cualquier otra persona podría resultar una tarea sencilla, sin embargo, para mí no lo es. En doce años no he hecho migas con ninguno de mis compañeros. En el caso de algunos, su sola presencia me irrita, el resto me intimida o desconcierta. Se debe a la manera en que se comportan. Hacen bromas estúpidas para ganarse la aceptación de los demás. Lamen públicamente los culos mejor encumbrados, o quieren liarse sexualmente con alguien del mismo u otro departamento. Salen juntos de juerga e intercambian regalos en Navidad y el 14 de febrero. Son seres que por mucho que uno se esfuerce en observar sus rostros, no encontrará ni rastro de afecto. Lo peor es tener que atestiguar sus miradas, la violación constante de los parámetros gestuales con los que se conducen. Son cuerpos que más bien parecen ideas *a posteriori*. Estar entre ellos me despierta un deseo fundamental de abrazar a los escritorios o las sillas. De permanecer en ayuno mental. Estar en silencio, lejano del mundo.

Sé que entre ellos se refieren a mí como “ermitoño”. En realidad no me importa. Sólo me ocupo de trabajar con dedicación de hormiga hasta las dos de la tarde, la hora de la comida. Luego me voy a una fonda lo

suficientemente alejada de la oficina para evitar encontrarme con alguno. Regreso justo a las cuatro y espero con la paciencia de una tortuga a que den las seis para irme a casa. Luego salgo a la calla, a integrarme con grupos de gente presurosa, pletórica de un anonimato inagotable.

Vivo en una unidad habitacional. Confieso que me siento reconfortado una vez que estoy solo, aunque no a salvo de la equivocación de algún vecino ebrio. El estiaje y vivir en una casa que es igual a otras trescientas cuarenta y nueve son las únicas razones que encuentro desagradables una vez guarecido del mundo. Mis únicas compañías ocasionales son un gato al que me empeño en llamar Hades. Y una rata que aún no he pensado en ponerle nombre, porque espero que en algún momento el gato la cace y se la coma. Cosa que veo difícil porque Hades pasa mucho tiempo en la calle, vagabundeando. Imagino que su vida es infinitamente más rica que la mía.

Mucho de mi tiempo libre lo ocupo haciendo dibujos de Sofía, la primera y única mujer que he amado en la vida. Ella murió en un accidente automovilístico hace poco más de diez años. Desde su muerte, y la de mi madre cinco años más tarde, he deambulado entre el pretérito con el fin de recobrar uno que otro recuerdo, algún rostro, alguna cosa. Siempre encuentro en mi memoria nuevos rasgos distintivos en ellas, un movimiento de mano, un punto de luz en su rostro, una mirada, y lo dibujo. Además, les mantengo un pequeño altar en el que nunca faltan flores y veladoras encendidas. En los últimos años también he desarrollado el gusto por la lectura y la escritura. A veces transcribo párrafos enteros de mis novelas favoritas. Cambio los nombres de los personajes, las ciudades y uno que otro sustantivo, para hacerlas familiares. Luego los uno en un cuerpo literario que abarca casi las mil cuartillas. En fechas recientes me ha dado por pintar óleos de personas desaparecidas cuyas fotografías despego de distintos lugares o recorto de los periódicos. Hay un placer soterrado en el ejercicio. Debo confesar que tras

mucho tiempo de practicarlo con devoción, sin mediar las consecuencias, la melancolía se ha vuelto un paroxismo doloroso e insoportable. Un lamento tan arcaico que suena incluso original. Tanto, que un buen día consideré muy seriamente quitarme la vida. En realidad no sabía cómo ni cuándo hacerlo. Lo que sí tenía claro era que no quería ilustrar la página policíaca de los diarios locales. Que los ojos morbosos de mis compañeros oficinistas miraran mi cuerpo pendiendo de una soga, o en medio de una laguna de sangre, ya sea porque decidí volarme la tapa de los sesos o cortarme las venas. En definitiva, de acabar conmigo, tenía que ser de un modo distinto. Nada que llamara la atención. Incluso, de ser posible, que no pareciera premeditado. Además, no poseo un arma de fuego ni el valor para hacerlo mediante el ahorcamiento o el filo de una navaja. Mucho menos ingiriendo una sobredosis de barbitúricos o algún tipo de veneno, como el que he puesto para matar a la rata que se ha instalado en mi casa. En resumen, no tengo el talante para llevar a cabo alguno de los suicidios ejemplares que muchos artistas o escritores han perpetrado a lo largo de la historia.

Mi idea del suicidio empezó a tomar forma gracias a cierta nota periodística que se publicó hace unos días. La nota decía que finalmente hallaban a un hombre que tres semanas atrás había sido reportado como desaparecido. Lo encontraron flotando en el Río Atoyac. Aunque su cuerpo no presentaba golpes los peritos determinaron que fue asesinado. Entre sus ropas sólo encontraron una hoja de papel con algo anotado. No lograron descifrarlo debido a que el agua había retirado la tinta. Fue una anciana quien identificó el cuerpo. Para cuando leí la noticia estaba pintando su retrato. Tomé su foto del mural de una clínica del Seguro Social. Estaba entre carteles con instrucciones para la prevención del cáncer de mama y el anuncio de una campaña de vacunación infantil que se llevaría a cabo por todo el Estado. Al contrario de la policía, estoy seguro de que el tipo se suicidó, y que la hoja que

le hallaron contenía una nota póstuma. ¿Qué diablos puede uno decir en una nota póstuma? ¿Una despedida? ¿Un reproche? ¿Una justificación? ¿Qué? ¿A quién? Yo no tengo a nadie. Sin embargo, desde entonces he tenido que enfrentar a una serie de sucesos extraordinarios que a continuación detallaré. No duden cuando los califico de extraordinarios. Lo son con todo y que casi cualquier cosa fuera de mi rutina puede considerarse así: soy un misántropo tan habituado a mi condición que prefiero masturbarme pensando en una mujer muerta antes que contratar a una prostituta.

El día que conocí a Navarro encontré la claridad. El empujón que necesitaba para tomar la decisión. Navarro es un hombre viejo y delgado, de barba crecida, que portaba un fino traje de tres piezas, sombrero y un viejo portafolios de piel. Un personaje sombrío, como sacado de una fotografía antigua. Lo observé a través de la ventanilla del camión que me lleva a la oficina. Subió en la esquina de la terminal de autobuses y se sentó en el lugar desocupado a mi lado. Noté que por momentos me observaba con una atención que más de uno hubiera perturbado.

—Alguna vez ha pensado en la muerte —dijo de pronto, así, sin más preámbulo.

Lo miré un instante. No sé explicar por qué, pero sentí la confianza suficiente para hablar sin ningún tipo de complejo o prejuicio. Quizás movido por un arrebató por combatir su mirada.

—Sí, alguna vez —le respondí, escudriñando con atención su rostro ajado, sus ojos cansados, enmarcados por ojeras inmensas.

—Qué bien, porque la muerte no avisa. Hay que estar preparado —insistió.

Permanecí unos segundos en silencio, pensando en lo que había dicho ese hombre hasta entonces desconocido. Debo confesar que en ese momento creció en mí una oscura excitación.

—¿Y qué tal que es uno el que no le avisa a la muerte? —le pregunté finalmente.

—Pues si es así, con más razón hay que dejar todo en orden antes de... —hizo una pausa breve, sus ojos acusaron cierta complicidad— hacerlo —concluyó.

—¿Todo en orden? ¿Hacer qué? —pregunté un tanto irritado.

—Lo que sea que tengamos que hacer —me miró fijamente, con un asomo de sonrisa en su rostro—. Sí, mi amigo. Ésta es mi tarjeta, tengo ofertas interesantes. Pero sólo por unos días. Llámeme si está interesado. Yo puedo ayudarlo —dijo al mismo tiempo que se levantaba de su asiento.

Cogí la tarjeta con cierto recelo. Me extendió la mano y, retirándose el sombrero e inclinando levemente la cabeza, me dijo en tono solemne:

—Remigio Navarro, a sus órdenes.

Acto seguido, caminó a la parte trasera, apretó el timbre y bajó en la esquina siguiente. Sólo hasta que el camión reinició su marcha eché un ojo a la tarjeta que se deshacía de vieja:

Remigio Navarro.

Asesoría Especializada.

Teléfono: 51567

“Sólo tres días... lo que sea que tengamos que hacer... yo puedo ayudarlo”, repetí para mí un tanto intrigado.

Cuando llegué a la oficina me dediqué a trabajar como de costumbre. De vez en cuando metía la mano al bolsillo de mi pantalón para palpar la tarjeta de Navarro. Por momentos la sacaba. La contemplaba con la misma incertidumbre de quien se dispone a enfrentarse con algo revelador. Entonces

me di cuenta que el número telefónico que incluía sólo tenía cinco números, y ahora en Oaxaca usamos siete. En cierto momento levanté la vista como un acto reflejo en el que descubrí sobre mí la mirada de Solórzano, uno de mis compañeros de oficina. Guardé la tarjeta de inmediato. Solórzano también era víctima del escarnio de los buitres que trabajan en la oficina. A él le llamaban “soloinsano”. Ahora que lo pienso, él era la única persona con la cual pude haber entablado amistad, pero trabajábamos en departamentos distintos. A veces, desde mi escritorio podía verlo pasar, entregado a sus labores. Al menos no me perturbaba como el resto. Hemos algunos seres que hasta en la pigmentación del rostro se nos nota la fugacidad. Cuando coincidíamos en alguno de los pasillos nos mirábamos con la aprobación conciliatoria de dos almas que comparten la misma desgracia. Esa fue la última vez que vi a Solórzano, a partir de ese día ya no se presentó a trabajar. Muchos creyeron que lo habían despedido por no ir al primer Lunes del Cerro de la Guelaguetza. Días atrás el titular de la oficina nos entregó boletos de cortesía para el evento. Una cortesía que, de no asistir, incluía la pérdida de nuestros empleos. En realidad todo era una estrategia del gobierno para paliar la caída de la afluencia turística a partir de que los maestros y otros grupos populares hicieron un frente común y sitiaron parte de la ciudad para exigir la salida del gobernador. Esto originó varias trifulcas, algunas un tanto violentas, y provocó que se hablara de nuestra ciudad en todos los noticiarios del mundo. Yo tenía mejores cosas en que pensar. El gobierno y los maestros me daban igual. Sin embargo, no quería perder mi empleo, así que tuve que ir a la Guelaguetza. Al llegar al auditorio me reporté con Ramírez, mi jefe inmediato, quien puso una palomita junto a mi nombre en una lista donde figurábamos todos los empleados de la oficina. Unos minutos después me retiré por el acceso contrario al auditorio. Siempre me ha sido fácil pasar desapercibido.

Salí a comer a la hora de siempre. Esta vez no fui a la fonda. Anduve dando vueltas por el centro. No fumo, pero compré un paquete de cigarrillos. Cuando regresaba a la oficina me detuve en una caseta telefónica. Saqué la tarjeta de Navarro pero marqué los cinco números sin consultarla, de tanto verla me los había aprendido.

—Sabía que me llamaría —dijo la voz que contestó del otro lado.

No supe responder.

—Supongo que tiene dudas y quiere que nos veamos —insistió.

—Sí —respondí tratando de no perder la voz.

—Estaré en la cafetería que se encuentra dentro de la terminal de autobuses.

“¿Y por qué allí?”, pensé, pero no lo dije.

Navarro continuó: —Es la única en la ciudad que está abierta toda la noche. Además me gusta el café. ¿A usted no?

El café y Tchaikovsky son gustos que le debo a mi padre, de quien un buen día mi madre y yo no supimos nada hace ya muchos años, cuando yo era todavía un tímido adolescente.

—Me gusta el café. ¿A qué hora? —me concreté a decir.

—A la hora que guste. Estaré allí toda la noche —colgó.

Por primera vez en la mi vida fumé un cigarrillo y regresé a la oficina. Fui a casa a la hora de costumbre.

Como no había comido, esa noche preparé un espagueti con aceitunas negras, aceite de oliva, alcaparras y jitomate, como lo hacía mi madre. Recuerdo bien que eso cenamos la última noche que estuvimos juntos. Al día siguiente amaneció muerta. Los médicos que la avaluaron coincidieron en que había sido muerte natural. Pienso que no se pudo recuperar del abandono de mi padre y que murió de una melancolía agravada. Cerca de la media noche abrí las ventanas de par en par. Dejé que el viento me pegara un rato en la cara

antes de poner en el viejo acetato de Tchaikovsky, una de las pocas cosas que pude rescatar de una serie de cajas con cosas de mi padre que mi madre regaló a la iglesia de La Merced. Decidí que vería a Navarro cuando estuviera listo. Cuando el paroxismo se hiciera insoportable. Cuando acabara el retrato en turno. Cuando reescribiera párrafos y párrafos hasta tener la certidumbre de haber terminado un nuevo capítulo. Cuando... cuando ya nada me retuviera.

Llegué a la terminal unos minutos antes de las tres de la mañana. Navarro estaba inclinado sobre la mesa leyendo no sé qué cosa. Unas hojas que guardó en su portafolios poco antes de que llegara yo hasta él.

—Qué bien que se ha decidido —dijo en cuanto estuvimos frente a frente.

Me arrimó una silla. El lugar se encontraba desierto.

—La muerte huele a cera quemada y putrefacción. A flores y agua hedionda —comentó, pero por un momento me pareció percibir que me olfateaba—. Sí, a eso huele —concluyó.

—¿Es bueno el café aquí? —pregunté, por decir algo.

—No, no es bueno, pero no tenemos más opciones.

De igual modo pedí un expreso corto. Encendí un cigarro. Le ofrecí a Navarro.

—No, gracias, dejé de fumar hace veintisiete años, en 1982 —luego preguntó—. Y bien, ¿ya sabe cómo ha de hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Quitarse la vida, amigo —susurró.

—¿Qué lo hace pensar que quiero quitarme la vida?

—Percibo cierto olor. Usted huele a muerte —dijo.

Y lo dijo en un tono que me puso la piel de gallina. Esta vez era evidente que me olfateaba. No pude evitar oler mi saco, las mangas, las solapas. Salvo humo de tabaco no distinguí ningún otro olor en mi ropa.

—Vamos al grano, yo estoy aquí para ayudarlo a tomar la decisión, y a que lo haga de la forma adecuada. Imagino sus miedos pero juntos podemos encontrar un modo sencillo, rápido, discreto y sin dolor. A cambio le ofrezco un lugar de comodidad insuperable. Una última morada a la altura. La certeza de que estará con las personas que extraña, eternamente. No más esperas. No más melancolía. No más incertidumbre —sostuvo.

Me quedé mudo. Fossilizado.

—Piénselo unos minutos.

Tras unos segundo me puse de pie. Navarro me cogió del brazo antes de emprender mi huida.

—Todo estará bien, se lo aseguro —insistió.

Regresé a mi asiento. Di breves sorbos al café y caladas al cigarro en turno, pero sin decir palabra. Él puso una de sus manos sobre mi hombro izquierdo. Me apretó levemente. Una paz infinita me fue invadiendo poco a poco. Entonces dije:

—Sé que no me quiero ahorcar ni envenenarme. Tampoco quiero sangre de por medio. Sé que no quiero que parezca que he sido yo mismo. Y mucho menos deseo dejar nota póstuma.

—Muy bien, me parece perfecto. Que no haya nota póstuma es una de las condiciones para que todo lo que le prometí pueda cumplirse. De lo contrario, su cuerpo no tendrá morada confortable y vagará en este mundo eternamente —replicó esbozando la misma sonrisa ambigua que hizo durante nuestro primer encuentro.

—¿Alguna sugerencia de cómo debo hacerlo?

—Aire —susurró—. Una inyección de aire en la vena yugular. Pero tiene que ser con una jeringa de doscientos mililitros para que sea seguro, con una más pequeña corre el riesgo de sólo conseguir una embolia —sentenció—

. La ventaja de este método es que tendrá tiempo suficiente para deshacerse de la jeringa tirándola al inodoro, así parecerá un paro cardíaco natural.

Sonreí complacido.

—Aparte de la nota póstuma hay otra condición: tiene setenta y dos horas a partir de este momento para llevarlo a cabo —volvió a decir.

No quise preguntar porqué. Acepté las condiciones, que a simple vista parecían sencillas.

A pesar de no haber pegado el ojo más tarde fui a trabajar. Me sentía bien. Libre y ligero. La sola idea de saber que no tendría que soportar más aquello me animaba a tolerarlo. Compadecía a mis compañeros. Tenía la certidumbre de que seguirían incansablemente con sus vidillas pretensiosas, hasta que, si tuvieran la fortuna, un asomo de razón les hiciera reparar en las ventajas de abandonarlo todo. Quizás, cuando eso sucediera sería muy tarde para ellos. No es fácil arribar a un estado de conciencia donde se descubre que vivir es atarse a un destino que por mucho que uno se esfuerce no podrá modificar. El futuro siempre fracasa.

No hice gran cosa hasta la hora de la comida. Al regresar, Ramírez me pidió que fuera al archivo muerto a buscar unos documentos para cotejarlos con una propuesta presentada por un grupo de poetas para establecer en el centro histórico un ateneo donde se organizarían tertulias literarias. Según él había un antecedente de algo parecido. No fue difícil hallarlos. Dieciséis años atrás, a nuestra dependencia le habían solicitado un permiso para crear una asociación de letras de carácter autónomo. Ésta resultó ser no precisamente un cenáculo con poesía y citas de grandes autores. De hecho, la única referencia literaria que uno podría pensar de esas reuniones serían el Marqués de Sade o George Bataille. Hubo gente detenida por faltas a la moral, pues es un delito establecer un espacio público donde se invita a la celebración sexual desenfadada y a la violencia. De inmediato supe que les negarían el permiso

aun cuando el ateneo tuviera intenciones serias. Todo aquello que está un poquito fuera de lo ordinario es sometido a una revisión escrupulosa antes de proceder, a no ser que quienes lo solicitan tengan palancas. Al colocar dificultosamente de vuelta en su anaquel las gruesas carpetas que había revisado, reparé que una de las descoloridas de la parte más alta estaba a punto de venirse abajo. Cogí la escalera y traté de acomodarla. Invaso de una suerte de estupor al final tuve que bajarla. La carpeta tenía escrito con letra de molde: *El Club de los Suicidas (1952)*. Dentro estaban los resultados de una investigación realizada a una asociación en la que sus integrantes eran suicidas que se reunían en secreto, “al menos desde la segunda mitad del año 1950, bajo la figura falsa de *Club de Saudade. Compartir la tristeza nos ayuda a salvarla*”. Un club de autoayuda. La investigación se inició luego de una denuncia anónima que declaraba que en ese lugar se reunían hombres para actos ominosos, tal vez homosexuales. Por supuesto, esa información nada tenía que ver con lo que se descubrió en realidad. El último de los miembros, cuyo nombre se maneja en los documentos como R.N, terminó aclarando, cuando fue encontrado en la sede de las reuniones, sentado en el borde de la tina del cuarto de baño con un par de jeringas en su poder, que se trataba de un club de suicidas y que, salvo él, todos lograron su objetivo. Como conclusión, y para mantenerlo a salvo de sí mismo, sería recluido en el Hospital Psiquiátrico Cruz del Sur. Las manos me temblaban mientras una extraña excitación se apoderaba de mí. Apunté la dirección donde se suponía que estaba en 1952 El Club de los Suicidas: Armenta y López 151, Centro. Bajé a la oficina de Ramírez y le entregué el reporte que me mandó a buscar.

Esa noche, antes de llegar a mi casa hice escala en una farmacia. Compré un paquete de jeringas de doscientos mililitros. Nuevamente no dormí. Pinté escuchando a Tchaikovsky. Luego transcribí fragmentos de una novela. Cambié los nombres del personaje, la ciudad y el de una virgen, por

los de mi madre, Oaxaca y la virgen de La Soledad. Las jeringas me esperaban en el buró de la recámara. No pude hacerlo. No tuve el valor aun cuando lo deseaba con vehemencia. Acabé con la cajetilla de cigarros. A la mañana siguiente compré otra más antes llegar a la oficina. Todo transcurrió como de costumbre. Con los mismos chistes estúpidos de mis compañeros. El coqueteo y la barbería constantes. No comí y fui a Armenta y López 1510, Centro. El lugar es un viejo edificio del siglo XIX que ahora está convertido en el hogar de varias familias humildes. Al parecer no sabían de la existencia de un club o asociación en ese lugar. Por la noche transcribí algunos párrafos. Sustituí los nombres de los personajes y la ciudad por el mío, el de Sofía y Oaxaca. Mientras lo hacía percibí el olor a muerte del que habló Navarro. “Mi casa huele a muerte”, pensé. Y eso me hizo tener fe de que mi momento se acercaba. Las jeringas seguían en el mismo lugar, igual que el deseo, pero mi voluntad estaba en otra parte. Sabía que me quedaban menos de veinticuatro horas.

Me quedé dormido encima del teclado de la computadora. Me di cuenta hasta que me despertó el timbre del teléfono. Cosa rara, casi nunca sonaba. A las seis de la mañana el timbre de un teléfono sólo presagia malas noticias. Así fue. Era Ramírez.

—¿Mijares?

—¿Sí?

—Mijares, soy Ramírez, te llamo para comunicarte que Solórzano amaneció muerto. Le dio un paro cardíaco mientras cagaba. Lo velan esta noche en la agencia Nuñez Banuet que está en la calla de Independencia.

—¿Es obligatorio ir?

—No, no es obligatorio, sólo le estoy avisando a los empleados de la oficina por si quieren ir —colgó.

Tras mi jornada de trabajo, me dirigí a la agencia funeraria. Salvo una tía anciana y un primo gordo no había más familiares de Solórzano en la capilla donde lo velaban. De la oficina sólo fue Ramírez. Llevó una corona de flores que compró pidiéndonos cooperación a todos los empleados. Después de dar el pésame se retiró de inmediato porque había estacionado su auto en doble fila con una de las secretarías dentro, y se le hacía tarde para irse a coger a un motel a las afueras de la ciudad. Yo decidí quedarme un rato más. En cierto momento me acerqué a la anciana. Estaba frente al féretro, adornado con la corona fúnebre y cirios en cada esquina. Miraba tristemente a Solórzano. Pero nunca la vi llorar.

—Lo siento mucho, señora.

—Gracias, joven. Estoy segura de que está mejor ahora. Mírele nomás la cara. Nunca lo había visto tan contento. En vida todo el tiempo estaba deprimido —comentó sin apartar la vista de Solórzano, quien, efectivamente, lucía contento detrás del vidrio que cubría el féretro.

—Mi hijo y yo éramos su única familia, pero el pobre se mantenía muy aislado. Por eso agradezco que hayan venido al velorio. Imagino que salvo ustedes tres no tenía más amigos en la oficina —dijo.

“¿Tres? Si sólo habíamos ido Ramírez y yo. ¿Acaso vino alguien más de la oficina? ¿Quién, si nadie lo tragaba?”, me pregunté.

—El hombre que vino antes que ustedes se notaba muy conmovido —aclaró la anciana—. Me dijo que tenía mucho que agradecerle a mi sobrino.

No resolvió mi duda, sin embargo, acompañando a la anciana y al primo gordo fumé varios cigarros. Pensaba en que tenía que consumir mi asunto y se me agotaba el tiempo. La repentina muerte de Solórzano me animaba a seguirle los pasos. Dos horas después me despedí de la familia de Solórzano.

—Permítame, tengo algo que darle —dijo la anciana cuando estaba a punto de alcanzar las escaleras.

Se dirigió a la pequeña cocineta donde había café caliente y refrescos. Detrás de la barra sacó un portafolios.

—Lo olvidó su amigo —insistió— déselo.

De inmediato reconocí que ese viejo portafolios de piel era el de Navarro. No quise explicarle nada a la señora, bastante tenía ya con la muerte de su sobrino. Tomé el portafolios con recelo y me lo llevé conmigo a casa.

—Yo se lo daré, pierda cuidado —le respondí—. Por cierto, ¿de qué murió su sobrino?

No había pensado en preguntarle. La duda se me atravesó de pronto.

—De un paro cardíaco. Los médicos dijeron que habrá sido como a eso de las tres de la mañana —concluyó.

Al llegar a casa volví a percibir el olor putrefacto de la muerte. Abrí las ventanas y me dispuse a ver el contenido del portafolios. Antes de hacerlo escuché un ruido metálico detrás de mí que me puso los pelos de punta. Giré rápidamente. Era Hades, el gato callejero que después de varios días aparecía. Estaba husmeando detrás de la estufa. Me dio una mirada y luego siguió en lo suyo. Yo también. Entre otros papeles encontré una hoja que estaba a punto de deshacerse. Leí:

Manifiesto del Club de los Suicidas. (6 de Agosto, 1950).

- 1.- Esta sociedad debe estar conformada por doce miembros del sexo masculino.
- 2.- Ninguno de los miembros podrá hablar con nadie de la existencia de la misma.

- 3.- Ninguno de los miembros debe tener hijos, padres o esposa vivos, para evitar lastres que nos aten a este mundo.
- 4.- La melancolía y el saudade deben ser el estado permanente del alma de cada uno de los miembros.
- 5.- Ninguno de los miembros debe acabar con su vida de modo que parezca premeditado.
- 6.- Ninguno de los miembros debe dejar nota póstuma.
- 7.- Ninguno de los miembros debe ser mayor de 40 años a la hora de su muerte.
- 8.- Los miembros deben de apoyarse mutuamente en los momentos de flaqueza y así evitar poner en riesgo su objetivo final.
- 9.- Una vez cumplido el objetivo los cuerpos de los miembros gozarán de una morada confortable en compañía de sus añoranzas.
- 10.- Se advierte que el alma del miembro que no cumpla alguna de las condiciones y obligaciones anteriores vagará por este mundo eternamente.
- 11.- El miembro que muera sin que sea su voluntad, o pasados los 40 años, deberá buscar a alguien que tome su lugar y cumpla con las condiciones y obligaciones de este manifiesto. Sólo así podrá ser redimido y gozar del acuerdo.
- 12.- Si se da el caso del punto anterior, el miembro tendrá un máximo de 72 horas para encontrar un sustituto.

Al calce doce nombres seguidos de su firma. La mayoría ya muy borrosas. El último de la lista era Remigio Navarro. Su rúbrica se notaba recién hecha. No podría describir lo que sentí. Bastará con decir que un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Comprendí que todo fue cuestión de tiempo. Todo estaba claro. Navarro también había contactado a Solórzano. Y éste, se me adelantó. En ese momento de nada me serviría a mí el suicidio. Pero, “¿si no era yo el

que se iba morir por qué mi casa olía a muerte, como describió Navarro?”, me pregunté sin poder darme una respuesta. Seguí hurgando en el portafolios. Al fondo encontré muchos pedazos de papel. Una hoja que seguramente Navarro rompió a propósito. Prendí un cigarrillo. Luego armé el rompecabezas y lo pegué con cinta adhesiva. Era el acta de defunción de Remigio Navarro. Había muerto de cáncer pulmonar el 13 de diciembre de 1982, a la edad de 63 años, en el Hospital Psiquiátrico Cruz del Sur. Miré con atención cómo se consumía el cigarrillo que tenía en la mano. Luego lo aplasté en el cenicero. Me puse de pie y comencé a dar vueltas por la estancia. Comencé a golpear las paredes. No podía creer lo que recién descubría. Mientras lo hacía observé que en el altar la veladora estaba a punto de consumirse y las flores ya estaban marchitas. Olvidé cambiarlas por estar pensando tanto tiempo en una idea que ahora de nada me valía. De pronto, el olor putrefacto se hizo más fuerte. Hades depositó cerca de mis pies una enorme rata muerta. Se echó junto a ella y comenzó darle pequeños golpes con una de sus patas. Como nunca en años, sentí unas ganas terribles de llorar.

FAUNA FANTÁSTICA

El día de la inauguración la galería se ha abarrotado de admiradores, compradores, conocidos, periodistas, lambiscones, curadores, alcohólicos disfrazados de amantes del arte y uno que otro verdadero conocedor. Lo cierto es que todos habían estado esperando ese momento. El artista, tras años de trabajo en los que permaneció aislado, por fin presenta su nueva producción. Todos, de una u otra forma, están sorprendidos.

Una serie de cuadros colman las blancas paredes del recinto. El imaginario que habita en las obras es una fauna fantástica llena de colores con tonos terracota. Los trazos son impecables. Hay murciélagos, conejos, alacranes, changos, cangrejos, cocodrilos, coyotes, sapos, chapulines, elefantes, arañas, tortugas.

Insuperable museografía. Texto de sala sobrio. La obra habla por sí sola, dicen algunos, mientras arquean las cejas.

Los cuestionamientos arrinconan al artista contra un pilar. Responde con evasivas. Nunca le han gustado las entrevistas. Lluvia de flashes. Uno, dos, tres, cuatro preguntas y con un movimiento de manos despacha a los reporteros.

La gente se pasea con cerveza o mezcal en la mano. Remuelen con delicadeza los canapés que los meseros reparten. Nadie imagina cómo han sido concebidas esas piezas que admiran, o fingen admirar. Las comentan. Sonríen y miran a los otros. Sus gestos y movimientos son códigos inviolables. Observan al artista replegado en uno de los rincones. Nadie sabe que éste se siente amenazado. Nadie se atreve a acercarse para felicitarlo o preguntarle sobre las majestuosas piezas que por fin exhibe.

Una hora antes el artista ha dibujado su autorretrato junto al espejo del baño de su casa después de que termina de ducharse. Se reafirma. No le

gustan las apologías y mucho menos las críticas. Desea no tener que asistir a la inauguración de su exposición, pero no tiene de otra. La galería ha hecho pública a los medios su presencia. El artista teme. Teme que esta vez alguien pueda descubrir lo que entraña su arte. No está seguro si le reconforta saber que posiblemente todo haya terminado. Sin embargo se viste con una camisa de algodón y unos pantalones de lino. Calza sus viejos zapatos descarapelados. Ni siquiera repara en acicalarse el cabello cuando se mira en el espejo. Es ahí, en el espejo, donde le parece ver correr algo detrás de él. El artista cierra los ojos. Respira profundo. Cuando los abre nuevamente no encuentra nada más que su reflejo. La casa sigue en silencio.

Apenas un mes atrás tuvo lugar la última aparición. Fueron unos sapos. El primero de ellos se movía entre las sábanas, mientras dormía. De inmediato el artista saltó de la cama y al intentar ponerse los zapatos se encontró con uno gordo al que estuvo a punto de aplastar con el pie. No tardó en descubrir que el cuarto se iba llenando de sapos. Brincaban con lentitud de un lugar a otro. En la mesa de trabajo, en el clóset, los libreros, el buró. Descalzo salió de prisa al patio. Cientos de sapos ya habían ocupado las macetas y los pasillos, las bancas de madera y los quicios de las puertas. Los renacuajos posaban sus ojos saltones sobre el artista y emitían sonidos inflando sus enormes papadas. Aquello parecía un gran tapete verde de variados tonos. El artista se llevó las delgadas manos a la cabeza y revolvió más aún su cabellera larga y canosa. Quería gritar, pero se contuvo. No quería despertar a nadie. Además, como de costumbre, no le creerían. El croar se hizo tan intenso que tuvo que abandonar la casa en plena madrugada. Antes de hacerlo fue a su estudio y cogió un rollo de papel de dibujo que se metió bajo el brazo. Cogió también algunos lápices que guardó con urgencia en uno de sus bolsillos. Los sapos lo tenía rodeado. Croaban y croaban. Lamían con sus lenguas delgadas y

rasposas los pies del artista. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo éste había dejado de sentir miedo. Sabía cómo hacerlos desaparecer.

Vagó por el Centro Histórico. Por momentos se sentaba en algún quicio o jardinera, y dibujaba con vehemencia. Los renacuajos que lo seguían cada vez se hacían menos. En una banca del zócalo dio los últimos trazos, hasta que los sapos desaparecieron. El artista sintió una tristeza infinita cuando recorrió con la vista la plaza solitaria y silenciosa. Regresó a su casa con varios renacuajos bosquejados bajo el brazo. Caminaba agotado, como un soldado que vuelve de la batalla, con la cara, las manos y la camisa manchadas de grafito, el cabello revuelto, descalzo.

Esta vez el sobresalto no fue tan grande. Pero hubo un tiempo en que realmente el desasosiego invadía al artista. La primera experiencia la tuvo en la infancia, terrible para un niño de apenas ocho años. Se trataba de un enorme cocodrilo. Era una mañana soleada. Regresaba de la escuela. Al doblar la esquina de una de las calles de su pueblo se encontró de frente con el reptil que lo miraba con sus desorbitados ojos ambarinos. Pareciera que por lo corto de sus patas, los cocodrilos son lentos. El niño pudo comprobar que no es así, pues luego de salir del pasmo, echó a correr. El animal sólo alcanzó a darle un pequeño golpe en la pierna con su hocico. Un hocico que escondía filosas hileras de dientes. Lo primero que hizo al llegar a su casa fue comunicarle a sus padres que un lagarto se lo quería comer. La alarma de que un reptil vagaba por las calles cundió por todo el pueblo. Las autoridades asignaron a un grupo de topiles y pescadores para atrapar al animal. Nunca lo hallaron. Sin embargo, el cocodrilo seguía acechando al niño cada vez que éste salía a la calle. Pronto descubrió que el lagarto no le haría ningún daño. Simplemente lo seguía a todas partes donde iba. Ninguno de sus compañeros de escuela le creían una sola palabra. Y los padres, por supuesto, sabían que su hijo tenía una imaginación desarrollada, así que hicieron oídos sordos de sus quejas.

Cierto día, el lagarto amaneció echado al pie de su cama. Era la primera vez que el animal entraba a su casa. De inmediato dio aviso a sus padres, quienes no vieron nada. La insistencia del niño era tal que un día le pidieron que se los dibujara. Y lo hizo. Entonces el cocodrilo se esfumó. Eso fue el principio de todo. No sería la última vez que viera a ese lagarto. Ni el último de los animales que se le aparecería.

Una ocasión, apenas unos cuantos años después, pero ya viviendo en la ciudad, observó que ésta era sobrevolada por miles de murciélagos. Se lo comunicó a sus amigos, a sus padres y a todo el que se encontraba. Nadie le hacía caso. Los animales dormían durante el día colgados de árboles y de las bóvedas de los mercados y los templos. Por la noche revoloteaban y hacían ruidos extraños. En realidad, parecían jugar más que andar en busca de alimento. El niño se sentaba en el patio de su casa y los dibujaba en su cuaderno. Cuando las hojas se hicieron insuficientes, tuvo que recurrir al muro de un lote baldío. Compró pintura acrílica y pintó tantos murciélagos que pronto atiborró la gran barda. Con el tiempo todos en la ciudad supieron de la existencia del mural. Lo admiraban, intrigados por la identidad del autor, que se supo unos años después, cuando el artista comenzó a hacerse famoso.

Una de las apariciones que más lo preocuparon fue la de un elefante. El artista ya era un adulto pero esta vez sintió un miedo terrible. El enorme elefante se paseaba por el patio de su primera casa en Oaxaca. Bebía agua de una pequeña alberca que el artista había mandado a construir para sus hijos. Comía las hojas de las jacarandas que adornaban el patio. Lo que realmente le preocupaba era que si el animal abandonaba ese espacio seguramente lo destruiría todo. Tenía que impedirlo a toda costa, a pesar de que empezaba a acostumbrarse a su presencia. A sus ojos tristes, su piel seca y la suavidad de sus grandes orejas. Incluso a su barritar nocturno. El artista suponía que llamaba a otros de su manada. Con toda la tristeza del mundo, un buen día

cogió una gubia y comenzó a dibujarlo en una placa de metal. Extrañó durante meses al paquidermo. Entonces supo que su trabajo tenía un poco de heroísmo y que él era quien cuidaba la ciudad de amenazas terribles. El elefante pasó a formar parte de una serie de grabados que incluían una zoología fantástica que lo llevaron a viajar por el mundo.

En París vio changos colgados de la Torre Eiffel. En Londres recorrió en compañía de miles de chapulines la National Gallery. También vio decenas de lagartos chapotear en las orillas del Támesis. En Venecia se montó en los caparazones de enormes tortugas con las que paseó por los canales. En estos viajes descubrió que no es ni ha sido él único ser que ha tenido estas visiones. No tardó en identificarse con otros artistas y escritores en su misma condición. Se acostumbró a convivir con esa fauna fantástica, aunque, incluso ahora, nunca faltan los sobresaltos, sobre todo por lo imprevisible de su llegada.

La gente se empieza a retirar, muy pronto las obras dejarán de ser suyas. Todo mundo las ha estado esperando. Las fichas técnicas de las piezas empiezan a ser marcadas con etiquetas rojas. Vendida. Vendida. Vendida. Con nostalgia las contempla por última vez. Y se va, sin despedirse de nadie. Camina con una ansiedad incontrolable las pocas calles que lo separan de su casa. Al llegar, no encuentra changos ni chapulines ni cangrejos. No escucha el croar de sapos o el barritar de elefantes. El artista se encuentra muy triste. Contempla su autorretrato en una de las paredes del baño. Luego se dirige al patio, con la esperanza de ver un murciélago volar. Tal vez un lagarto salga de la piscina. Y nada durante las dos horas que permanece sentado en una silla de madera. Cuando está a punto de resignarse e irse a dormir, escucha, sin asomo de estupor, un ruido de pezuñas que se acerca. Es un xoloitzcuintle que le lame la mano. El artista sonríe y acaricia la piel lampiña y caliente del animal, hasta

que es vencido por el sueño. Antes de que el sol despunte, el perro ladra y ladra sin parar. Corre frenético por toda la casa. El artista despierta. Por un instante piensa en que debería dibujar al xoloitzcuintle, pero no lo hace. Está cansado de sentirse tan solo.

FIN DE GUARDIA

20:05

Arturo escribe la cabeza y el avance de la primera nota que cubre. Muy a su pesar es noche de guardia.

Lo matan por ser águila

Hombre mata a su compadre luego del partido entre Chivas y América. No le gustó que su compadre se burlara de la derrota de las chivas y arremetió a golpes contra él hasta quitarle la vida con un botellazo en la cabeza.

20:22

Recibe una llamada de un colega reportero. Éste le notifica que ha sido asesinado un diputado local. Le da todos los detalles y le promete enviarle en cuestión de minutos unas fotos bien chingonas de los hechos.

20:51

Arturo escribe los avances de la nota del asesinato.

Toc-toc, pum-pum

Un grupo armado, de al menos tres integrantes, asesina con ráfagas de cuernos de chivo a diputado local en su domicilio. El político estaba a punto de postularse por el partido de la izquierda a la candidatura de la presidencia municipal.

21:15

Recibe una llamada de su hermano Ernesto. Le pide prestada la camisa azul con rayas blancas, su favorita. Esa noche Ernesto saldrá con Julieta. Estudian en la misma preparatoria. Irán al *Bebe's* con un grupo de amigos. Arturo se

niega a prestarle la camisa argumentando que siempre que le presta cosas se las regresa jodidas. Le pide que por ningún motivo se ponga su camisa. Si no, le pondrá unos madrazos. Ernesto le mienta la madre y cuelga.

22:25

La banda civil de la policía municipal anuncia un altercado familiar en la calle Las Rosas de la colonia Montoya. Arturo sale del periódico y sube a su motoneta. No hay tráfico. En quince minutos está en el lugar de los hechos. Varias patrullas rodean la casa indicada. Toma nota de los hechos. Y saca algunas fotos.

23:35

De vuelta en el periódico, Arturo escribe la nota.

Por un palito

Hombre ebrio golpea y apuñala a su esposa luego de que ésta se niega a tener relaciones sexuales con él. La mujer se encuentra en terapia intensiva en la Cruz Roja.

23:58

El jefe de redacción le pide que se dé una vuelta, en chinga, a las instalaciones de la universidad, donde se encuentra la radiodifusora que ha sido tomada por la asamblea popular que ha formado el magisterio. El jefe de redacción le anuncia que probablemente el gobierno intente desalojar a los manifestantes a punta de chingadazos.

00:36

Llega a la universidad y todo está en calma. En la radio que lleva consigo escucha que la transmisión sigue como de costumbre. El locutor alienta a la

asamblea a bloquear carreteras federales a primera hora. Arturo platica con otros reporteros que han escuchado lo mismo acerca del probable desalojo. Buscan juntos al vocero de la asamblea popular para que aclare qué medidas están tomando. En improvisada rueda de prensa se anuncia que, efectivamente, una fuente infiltrada les ha hecho saber que el gobierno ha dado instrucciones para que esa noche sean retirados del aire y entreguen las instalaciones.

00:12

Un numeroso contingente de la asamblea popular se reúne en la universidad y ubica barricadas en los accesos, para evitar la entrada de la policía municipal. Llegan con cuatro camiones que han tomado. Esperan instrucciones para prenderles fuego. Reporteros de medios locales, nacionales e internacionales arriban al lugar.

00:25

Arturo le llama por teléfono a Brenda, su novia. Le platica la situación. Le dice que sintonice Radio Universidad y que esté al tanto. Le pide que no se preocupe. Que probablemente sea sólo una falsa alarma. Puros pinches calambres del gobierno para que se aplaquen los maestros.

00:52

Un comando armado circula en camionetas *pick-up* las inmediaciones de la universidad. Balea las instalaciones de la radiodifusora. A los integrantes de la asamblea popular no les da tiempo de repeler el ataque. A pesar que cuentan con cientos de bombas molotov y lanza petardos de fabricación cacera. No obstante, alcanzan a prenderle fuego a los camiones apostados en los accesos. El automóvil de un reportero de un diario local recibe un par de balazos

durante la trifulca. Nadie sale herido, pero el locutor pone en alerta a la población de lo sucedido.

01:14

La situación se normaliza poco a poco. El locutor convoca a una rueda de prensa a primera hora del día donde anunciará que, aparte de bloquear carreteras, harán una mega-marcha que partirá del centro histórico y tomarán otras acciones como protesta del ataque.

01:20

Arturo llama al celular de su hermano. Ernesto no contesta. Se siente arrepentido por no haberle prestado la camisa. Apenas cuelga recibe una llamada. Es Brenda. La calma. Le dice que todo está bien, que se dirigirá al periódico para escribir la nota.

02:02

Comando ataca Radio Universidad

Un comando armado dispara en contra de las instalaciones de Radio Universidad. No hubo heridos. En el lugar de los hechos se encuentran decenas de casquillos percutidos. La asamblea convoca a mega-marcha y a bloqueos de carreteras a primera hora.

02:35

Arturo sale por un pan de yema y un café a una cenaduría cercana al periódico. Intenta comunicarse con Ernesto. El teléfono llama y llama. Nuevamente no logra contactarlo.

02:58

El jefe de redacción ronca en su oficina. Arturo enciende el televisor y mira una serie de infomerciales. De pronto, la banda civil de la policía municipal anuncia que un grupo de vecinos de la colonia Alemán ha detenido a un ladrón. Lo mantienen amarrado a un poste de luz después de propinarle una golpiza.

03:08

Tras pasar al baño, Arturo se dirige a la colonia Alemán. No hay tráfico, pero en algunas calles el centro arden barricadas y camiones. Los assembleístas están alerta. Mientras espera en una esquina a que el semáforo cambie de color marca el número de Ernesto. Llama y llama. Nada. Sospecha que se tomó muy a pecho el asunto de la camisa.

03:28

Llega al lugar de los hechos. Toma fotos del ladrón amarrado a un poste de luz. Con esas imágenes se ganará el premio estatal de fotoperiodismo. Al ladrón le han colgado un letrero: *Me agarraron por rata*. Toma notas. La policía lo desata y se lo llevan a la Cruz Roja. Otro reportero que acudió al lugar le avisa a Arturo que han encontrado el cuerpo sin vida de un hombre flotando en el Río Atoyac.

03:49

Una vez en la riveras del río, Arturo toma fotos del individuo. Su rostro apenas es reconocible. Está semidesnudo. Los peritos informan a los medios sus avances de cómo pudieron haber sido los hechos.

04:18

De a muertito

El cuerpo de un desconocido es encontrado flotando en las riveras del Atoyac. Se presume que fue asesinado a pedradas veinticuatro horas antes por compañeros de parranda.

04:35

El jefe de redacción revisa cómo va quedando la página policíaca del periódico. Manda a que Arturo termine sus notas y se meta la sección a prensa para que se arme el periódico.

05:01

Ha terminado la guardia. El jefe de redacción le avisa a Arturo que puede retirarse.

05:12

Arturo sale del periódico. Sube a su motoneta. Algunos autos comienza a circular por las calles el centro. Pronto alcanza el periférico. Espera la luz verde para cruzar el entronque con el puente Valerio Trujado. Observa que amanece. Vuelve a marcar el número de su hermano. Una *Liberty* circula a toda velocidad. Llama y llama. Un rechinar de llantas. Luego el impacto que arrasa con un puesto de periódicos. La camioneta termina sus piruetas contra un edificio. Llama y llama. Arturo acelera la motoneta para acercarse al lugar del accidente. Escucha el timbre de un teléfono sonar y sonar. Lleva el teléfono celular aún en la mano. Aprieta el botón de terminar llamada. El silencio que se hace le infunde un terrible miedo de asomarse al interior del vehículo que se encuentra llantas arriba. Hay varios cuerpos. Le parece ver que uno de ellos usa una camisa azul con rayas blancas. Las manchas de sangre lo hacen dudar.

CANTA UNA MÁS

Los pasos sobre la cantera lo despertaron. El sol le dio de frente y le crispó los ojos. Rey Oh Beybi se pasó las manos por la cara para desamodorrarse. Parecía más un acto de reconocimiento. De conciencia. Eran poco más de las ocho de la mañana. Recargando la espalda en la pared miró de un lado a otro. Allí seguían su guitarra, su sombrero de piel de panza de burro y el gastado morral de lona. Un sabor agrio inundaba su boca. Escupió más que simple saliva. Escupió el sabor de la noche: tabaco, cerveza y mezcal barato. Ajustó sus botas vaqueras. Se puso en pie. Desplegó la totalidad de su cuerpo diminuto y flaco. Se deshizo de la chamarra de imitación piel. Recogió su sombrero calándoselo de inmediato. Carraspeó y arrojó una flema sin darse cuenta hacia donde. Una anciana con bolsa de mandado tuvo que hacerse a un lado para que no la alcanzara el escupitajo.

—¡Cerdo! —le gritó con gravedad.

Rey no se inmutó. Aún padecía los efectos del alcohol. Con el morral y la guitarra terciada, caminó hacia el zócalo, como una chica que usa por primera vez tacones de aguja. Tenía hambre. Hurgó en sus bolsillos. Unas pocas monedas. Suficiente para comprar una torta y una cerveza, para curársela. Lo ganado el día anterior había desaparecido.

Sentado en una de las bancas del zócalo observó a los pocos clientes en los restaurantes de los portales. Decidió esperar un poco más antes de hacer la primera ronda. El plantón de maestros había desaparecido. Ahora un grupo de policías municipales resguardaba la plaza. Se quitó el sombrero para secar con un paliacate el sudor que brotaba de su cabeza. Tal vez ese rápido movimiento de mano también se llevaría el recuerdo de la noche anterior, la angustia, la resaca. Se caló de vuelta el sombrero.

Cogió su guitarra, como un soldado empuña su arma y se apresta a salir de una trinchera. Todavía no era medio día. Interpretó la primera canción. De la poca gente degustando la gastronomía oaxaqueña, la única que lo miraba y escuchaba con atención era una niña de seis años con cabellos rubios y ensortijados. Al terminar se terció la guitarra y caminó entre las mesas mostrando la copia del disco que había grabado unos años atrás. Negándose a prestarle atención, la gente movía las manos de un lado a otro y seguía en lo suyo. Finalmente los ofreció a las personas en la mesa donde estaba la niña que no le despegaba la mirada. Ésta se puso a llorar al ver que Rey le sonreía. Se aterrorizó de ver al monstruo de la dentadura incompleta. Y tan sucia que semejaba el moho que se acumula entre las baldosas de un patio. El padre de la niña la resguardó entre sus brazos y azuzó al mesero para que despidiera al músico del lugar.

—Anda a otro lado con tu música —le dijo el mesero.

Lo empujó levemente por la espalda.

—Ya, ya, no es para tanto —replicó Rey.

La niña dejó de llorar. Rey saminó hasta la banca donde estuvo sentado antes. Guardó sus discos. Tenía la boca seca. El sabor agrio seguía allí instalado. Necesitaba otra cerveza. Volvió a la carga en el restaurante siguiente. Cantó una de Los Tigres del Norte. A diferencia del anterior, en este había más gente. Sin embargo no lo escuchaban ni el grupo de mujeres que desayunaban mientras se ponían al tanto de los chismes locales, ni la familia que festejaba el cumpleaños de la abuela. Ni el par de ancianos que bebían café y se arroja palabras solemnes de un pasado lejano. Tampoco los recién casados, y mucho menos la pareja gay que se había conocido la noche anterior. Los meseros que corrían de mesa en mesa con platos de comida, levantando órdenes y recogiendo trastes sucios. Interpretó otra canción sin ganar la atención de nadie. Volvió hacer la rutina de pasar entre las mesas

ofreciendo su disco o pidiendo una cooperación para el artista, como se hacía llamar. La pareja gay le dio diez pesos. Los recién casados dijeron no gracias. Los ancianos siguieron invocando historias y con un movimiento de manos lo evitaron. Una familia le dio cinco pesos. Y del grupo de señoras una le dio veinte a cambio de que no tocara más. Los que festejaban a la abuela le dieron tres. Suficiente. Enfiló rumbo a la cantina frente al mercado, a dos cuadras de donde se encontraba. Salvo una, todas las mesas estaban desocupadas. Allí estaba Villegas, un artista visual cliente del lugar. Ninguno de los dos se sorprendió de verse. Se saludaron con la cordialidad propia de un par de reclusos que comparten la misma celda. Sin que nadie se lo pidiera el mesero puso una *xx ámba* sobre la mesa. Bebió la mitad de un trago. —¿Qué paso, mi Rey, ya tan temprano?

—Es que me la estoy curando, canijo —le respondió a Villegas.

Acabó con la mitad restante. Para Rey la cerveza fue una ablución espiritual. Un milagro cargado de amparo. Pagó. Se despidió efusivamente de Villegas y del mesero. Regresó al zócalo y fue a los restaurantes del lado contrario de la plaza. Habría rueda de prensa en uno de ellos. Fotógrafos y reporteros colmaban las mesas, esperando a que por fin aparecieran los diputados del un partido político que los convocó. Rey no lo sabía. Sólo veía público. La oportunidad de interpretar sus canciones y recibir unas monedas a cambio. Primero interpretó a los Tucanes de Tijuana. Luego una suya. Al terminar, dijo:

—Ésta la compuse cuando falleció mi jefecita. ¡Ay, que dolor tan grande cuando se va la madre! Uno se queda como sin suelo firme. A la deriva, aunque ya sea uno viejo. ¡Dios la guarde!

Nadie prestó atención a sus palabras. Sin embargo, una gorda turista gringa estuvo muy concentrada tomándole algunas fotos. La mujer le extendiendo

un billete de veinte pesos antes de sentarse en una de las mesas del restaurante.

—Gracias, señor —remató.

Rey estaba acostumbrado a las fotos. A los turistas. A la volubilidad de su carrera de cantautor. Una veces arriba, otras abajo. A menudo recordaba cuando grabó su disco. La presentación ante las más de cien personas que ocuparon La Plaza del Carmen Alto. Los aplausos. Las entrevistas. Su dotación de discos con portada a color. De esos ya no le quedaba ninguno. Sólo copias que le hicieron en un internet público.

Unos pasos más y ya estaba en otro restaurante. Se sentía importante. La foto lo hizo entrar directo con una de las suyas. Luego mostró sus discos. No vendió ninguno. Los poetas que departían entre cervezas y versos, le juntaron doce pesos. Los gringos mochileros le sonrieron, pero se encogieron de hombros. Tres por acá, cinco por allá. Diez más de un inglés que bebía una corona. Cinco de las dos amigas careándose con capuchinos en mano. Escogió otra banca para sentarse. Junto al yope, un corpulento bolero.

—Ya dale una boleada a esas botas, mi Rey —le increpó.

Rey agachó la cabeza para mirarlas. Aún recordaba con nostalgia cuando las compró. Fue cuando un grupo de investigadores de músicos callejeros le ofrecieron grabarlo. Juntó el dinero suficiente en una semana. No bebió en esos días. Además había que cuidar la voz. Las botas le ajustaban como guantes. Ahora la punta había pronunciado su curva. Las lluvias no le sentaron bien a la piel.

—No, así están bien —respondió.

Anda, súbete, te voy a dar grasa —le propuso el yope.

—Luego, todavía no la armo —dijo Rey.

—No te voy a cobrar, guey, súbete, cortesía de la casa. Además yo ya hice el día. Hace rato vinieron como diez cabrones a bolearse. Yo creo que eran políticos o judiciales.

Finalmente, dejó su guitarra y su morral en la banca y se dispuso a darle mantenimiento a sus botas.

—Tiene casi tres años que compré estas botas —expuso.

—Uy, vas a ver, te las voy a dejar como nuevas, mi Rey.

—Sí, los artistas tenemos que estar presentables.

El bolero soltó una risa socarrona. Rey lo emuló. Más tarde, con botas limpias, dio dos vueltas más a la plaza. Al terminar había juntado ciento setenta y seis pesos.

—No, si la presencia es la presencia. Brillan las desgraciadas botas —se dijo.

Luego fue al mercado y se pidió unas enfrijoladas en el restaurante de costumbre. Con dos cervezas acompañó su comida. Luego fue a la cantina por otras dos oscuras.

—Para el desempance —anunció a los que fue saludando en las mesas.

Como pudo se zafó de las invitaciones a quedarse un rato. De la conversación profunda. Del calor humano que le ofrecía el grupo.

—Voy por unas monedas más, pero prometo volver.

En el mismo sentido de la manecillas del reloj recorrió nuevamente los portales. El repertorio acostumbrado. Las botas. Sí, son las pinches botas. Cuando interpretó la canción que le compuso a su padre a nadie le importó que la letra dijera que lo habían matado por un venganza entre familias. Que perdió sus tierras y dejó a su esposa y a una docena de hijos a su suerte.

—Y sin embargo nos hicimos hombres —dijo—. El destino es una barda que corre al parejo de uno. A veces hay que aprender a brincarla. Casi todos mis hermanos se la brincaron y ahora están en el gabacho.

Nadie lo escuchaba. Mucho menos se interesaban en el disco, pero le daban dinero. Estuvo así hasta que una fuerte lluvia decidió inaugurar la temporada. Imposible cantar. No se escuchaba ni a sí mismo. Ya bien instalada la noche el agua cedió. Aprovechó para ir a la cantina, resguardando su guitarra de la llovizna. Si cantaba un rato le invitarían algunas cervezas. No fueron tantas como esperaba, pero todos allí bebieron al ritmo de sus melodías, hasta que el dueño bajó las cortinas y uno a uno fueron abandonando el lugar.

Rey caminó unas cuadras y encontró al grupo de costumbre atrás del mercado. El Cóndor, el Huitzo, la Momia, el Rigo, el Chango y el Rito. La familia. Puro borracho de alto calibre.

—Vámonos de gira —les dijo—, yo invito. Compraron algunas caguamas. Acabaron con ellas y fueron por más. Navegaron los charcos que dejó la lluvia. Rey tocó su guitarra. Interpretó las suyas y las que se sabía de otros. Fumaron cigarros sin filtro. Atravesaron lodazales para comprar mezcal. Las calles eran suyas, con todo y el chubasco que los sorprendió. Las botas fueron perdiendo su refulgencia conforme se adentraba en la tormenta etílica. Canta la que le hiciste a tu jefe, le pidió el Huitzo, me recuerda al mío. Canta la que le hiciste a tu vieja, le pidió el Rito. Rey rasgaba la guitarra y se desgarraba la voz. Los demás recordaban historias que se les habían escapado de las manos. Bebieron hasta abrazarse de euforia. Hasta olvidar sus nombres. Una hora después la mayoría había desaparecido. Se perdieron en la oscuridad golpeando el alma contra las paredes y las cortinas de los comercios. Son héroes que durante el día descansan, para intentar vencer al mal la noche siguiente. Al amanecer, sólo quedaron el Chango y Rey. Éste empezó a cabecear. Acercándole la botella de mezcal, el Chango balbuceó:

—No te duermas, canta una más, Rey. Canta una más, por favor.